

## CAPITULO VI.

Querétaro.—El acueducto.—La Fábrica de Hércules.—  
La cañada.—Agradable sorpresa.—Nuevo viaje.—Sor-  
presa desagradable.

—En este hotel, dijo D. Juan, estuvo algun tiempo el desgraciado príncipe Maximiliano. Cuéntase que al llegar á Querétaro por primera vez, su caballo tropezó frente á este edificio, y él entonces, pálido de emoci6n, auguró que esta ciudad deberia serle fatal.

—Por lo poco que he visto de Querétaro, dijo Carlos, me parece que es una de las ciudades mas importantes de la república.

—Querétaro debe colocarse entre las ciudades de segundo órden, contestó D. Juan; es inferior á Guadaluajara, á Puebla, á Guanajuato, á S. Luis Potosí y á otras varias capitales de Estado. En

la época del gobierno colonial, era de las mas importantes ciudades de la Nueva España, tanto por la actividad de su comercio como por el desarrollo que habia adquirido su industria manufacturera. Esta ciudad era tenida en alto aprecio como punto de depósito para todas las demás provincias centrales.

La fábrica de tabacos producía al gobierno vi-reinal enormes cantidades y las demás rentas eran verdaderamente pingües.

Hoy Querétaro no es ni la sombra de lo que en otro tiempo fué: lánguido y silencioso, revela en su actitud inerte el profundo malestar que le devora.

La animacion, el movimiento, el placer de otra época mas bonancible, parece haber desaparecido para jamás volver: su comercio está casi inmóvil, su industria se apaga, su agricultura decae: todo, en una palabra, está manifestando que la miseria y la desolacion se aproximan á grandes pasos para destruirlo.

—¿Y por qué le dieron á esta ciudad el nombre de Querétaro, papá?

—Lo ignoro, hijo mio; lo único que puedo de-

—cirte es que Querétaro en idioma Tarasco, significa: "lugar donde se juega á la pelota."

—¿Y cuándo fué fundado?

—Por los años de 1545 ó 1546, segun el sábio escritor mexicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora. Los españoles capitaneados por D. Fernando de Tápia, conquistaron esta ciudad el dia 25 de Julio de 1531. Es fama que durante el sangriento combate que tuvieron que sostener, se les apareció el apóstol Santiago, cubierto de armadura magnífica y refulgente, y caballero en un brioso corcel, tan blanco como la nieve. Por esta razon dieron á la poblacion el nombre de "Santiago de Querétaro."

Habiendo progresado rápidamente; el año de 1665 fué elevada al rango de ciudad, con el título de muy noble y muy leal y el goce de varias exenciones y privilegios.

—¿Qué distancia hay de México á aquí, papá? preguntó Luis.

—Sesenta leguas, al Oeste Noroeste, contestó D. Juan.

—Ya tengo mucha hambre, dijo Carlos.

—Yo tambien, exclamó Luis.

—Parece que nuestra salud no va mal con los viajes, dijo D. Juan, con bondadosa sonrisa.

—¿Vamos á comer, papá?

—No tengo ningun inconveniente.

—Despues de haber almorzado bastante bien, en la fonda del hotel, nuestros tres amigos salieron á recorrer las calles de la ciudad. Querétaro tiene un aspecto extremadamente triste; cierto es que en sus angostas calles se levantan magníficos edificios y soberbios templos, pero en todas partes reinan el silencio y la soledad. Con excepcion del movimiento industrial y mercantil que era mayor en el tiempo del gobierno colonial, se puede asegurar que Querétaro no ha cambiado. Las revoluciones lo han conmovido frecuentemente; la reforma con su hacha formidable ha destruido sus viejos conventos, haciendo desaparecer las decrepitas instituciones; un sitio terrible lo azotó con el fuego de sus granadas, reduciendo á escombros sus mas importantes arrabales; pero á pesar de esto, Querétaro, considerado moral y socialmente, está en el mismo estado que hace cien años. Un ilustrado escritor, dice con mucha justicia, que las costumbres se arraigan en los pueblos como los grandes árboles en la tierra.

El teatro generalmente está cerrado. Nosotros hemos permanecido algún tiempo en esta ciudad, y la impresion que nos ha causado nos entristece aun con su recuerdo.

D. Juan y los dos niños comenzaron por recorrer la calle del hospital que es la mas ancha, y mejor de la poblacion: de allí se dirigieron á la plaza donde últimamente se ha formado un bonito jardín.

—Mira, papá, el zócalo, exclamó Luis. ¿Cómo se llama aquel templo?

—Es la catedral, contestó D. Juan. Querétaro es residencia de un obispo y tiene tres curatos que son: Santiago, Santa-Ana y San Sebastian.

—¿Cuáles son los templos mas notables? preguntó Carlos.

—El Santuario de Guadalupe, el Oratorio de San Felipe Neri, San Francisco, la Cruz, S. Antonio, Santo Domingo, S. Agustin y la Merced. Los conventos de religiosas que existian antes, eran los siguientes: Capuchinas, Santa Clara y Santa Teresa. Hoy, al través del magnífico convento de Santa Clara, está abierta una fea calle que veremos otro dia.

—Vamos á ver las otras calles, papá.

—No es fácil que puedas conocer hoy á Querétaro: ¿A dónde quieres ir?

—Adónde tú quieras.

—Estamos muy cerca del portal, compraremos los celebrados dulces cubiertós, que nunca dejan de consumir los viajeros.

Al salir de la dulcería comenzaron á vagar á la ventura.

—¿Qué edificio es ese, papá? preguntó Carlos

—Es el palacio del gobierno, contestó D. Juan.

—¿Pues cuáles son los edificios mas notables?

—Ese que estás viendo, el colegio y el teatro.

—¿Vamos á ver el teatro, papá? exclamó Luis.

—Hay dos teatros, hijo mio, el de Iturbide que es el mejor, está situado en el ángulo que forman dos calles: es pequeño; pero elegante.

—Allí está, papá, allí está.

Efectivamente: ese es el famoso teatro de Iturbide.

—Los dos niños penetraron al interior del teatro y D. Juan se quedó en la calle conversando con un amigo.

Después de un momento salieron los curiosos niños.

—Por dentro es igual al Nacional de México, dijo Luis; pero este me parece una miniatura.

—¿Y cuánto costaría la construcción de este teatro, papá? preguntó Carlos.

—He oído decir que más de ciento cincuenta mil pesos, contestó D. Juan; pero creo que hay exageración en la cantidad.

Después de haber vagado toda la tarde por la ciudad, regresaron a su alojamiento.

—Papá, dijo Carlos, ya sé que en Querétaro hay un colegio, un hospital y un hospicio.

—¿Cuándo vamos a la cañada, papá? preguntó Luis.

—Mañana en la tarde, después que arregle unos negocios; en la mañana iremos a ver las magníficas fábricas de hilados y tejidos pertenecientes al Sr. D. Cayetano Rubio.

D. Juan pasó escribiendo una parte de la noche. Carlos y Luis dormían perfectamente.

A las seis de la mañana del día siguiente, se dirigieron a la fábrica de Hércules. El edificio agradó mucho a Carlos; pero lo que más le llamó la atención fue la grande estatua que adorna el patio y que está tallada primorosamente en mármol blanco.

—¿Quién es este señor? preguntó Luis.

—Es Hércules, hijo mío, contestó D. Juan, riendo.

—Pues yo no le conozco, papá.

—Hércules es uno de los semidioses de la mitología de los griegos: otra vez te explicaré más detenidamente esto y otras muchas cosas.

Los dos niños estaban verdaderamente encantados.

El poderoso ruido de la corriente que dá impulso a la grande rueda hidráulica; el movimiento de las máquinas, el rumor de los telares, todo los sorprendía agradablemente.

—¿Qué grande es este edificio, papá! exclamó Carlos.

—Efectivamente, hijo mío: ocupa una superficie de más de 100,000 metros cuadrados, y se emplean en la fábrica más de dos mil quinientos operarios.

—¿Y cuántas fábricas de hilados y tejidos existen en Querétaro?

—Además de esta y la de la Purísima, perteneciente también al Sr. Rubio, hay otra en la hacienda del Batán.

—Vámonos, papá, dijo Luis, abrazándose de las rodillas de su padre.

—Estás muy ansioso y muy inquieto, le dijo D. Juan, bondadosamente.

—Quiero ir á la cañada, exclamó el niño.

—En este momento no es posible, iremos en la tarde.

—Está bien, papá.

—Don Juan se despidió del administrador de la fábrica y los tres viajeros regresaron á Querétaro.

—Papá, preguntó Carlos, ¿cuál es la industria de los habitantes de Querétaro?

—La mas importante es la agricultura; en el Estado existen haciendas magníficas que dan á sus propietarios cuantiosos productos. La industria fabril se ha desarrollado tambien considerablemente. En otro tiempo la industria manufacturera tenia un grande impulso, y los artefactos fabricados en Querétaro se vendian con mucho aprecio en toda la República.

—El almuerzo está servido, dijo un criado.

Inmediatamente nuestros viajeros pasaron al comedor.

Carlos y Luis hicieron grandes elogios de la comida.

Despues del almuerzo, Don Juan salió á arreglar algunos negocios mercantiles,

A las cuatro de la tarde se dirigieron todos á la Cañada.

El paseo de la Cañada, situado á dos leguas al Este de la ciudad, es indudablemente uno de los sitios mas hermosos y mas pintorescos que existen en el Estado. Es un valle estrechísimo, rodeado de montañas elevadas, cubiertas de verdura, y bordado en todas direcciones de huertas y de jardines. Allí se agrupa el blanco caserío entre bosques de frondosos fresnos y de altísimos aguacates, que entrelazando sus ramas, forman un magnífico dosel, al través del cual no pueden penetrar los rayos del sol.

El agua del canal que dá movimiento á las fábricas, derrama la fecundidad y la frescura; y por todas partes se ven frutos, festones de flores, y pájaros que cantan en las enramadas.

Carlos y Luis no sabian cómo manifestar su alegría.

Don Juan les contemplaba sonriendo.

—¡Qué contento estoy! exclamaba Luis, saltando con ese gozo purísimo de la infancia.

—Qué lástima que mamá y Adelina no puedan admirar este paisaje, decia Carlos.

—Mucho me va gustando Querétaro, dijo el pequeño.

—Bien se te conoce, dijo Don Juan; seguro estoy que no te has de olvidar en muchos años del paseo de la Cañada.

—Y mañana ¿á dónde vamos, papá?

—Creo que no te disgustará admirar otra vez el acueducto.

—Sí, sí, dijo Cárlos; y espero que me harás explicaciones para enriquecer mis apuntes.

—Con mucho gusto, hijo mio.

—¿Qué, ya nos vamos? preguntó Luis, viendo que Don Juan se dirigia al carruaje.

—Sí; ya es bastante tarde, y en los alrededores de Querétaro hay siempre mucha inseguridad.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, se dirigieron á ver el acueducto.

El acueducto de Querétaro, es uno de los mas bellos monumentos que existen en la República.

Cárlos le contemplaba con verdadera admiración.

—¿Qué arcos tan grandes! exclamó Luis.

—Cada uno de ellos tiene treinta y cuatro varas contestó D. Juan.

—¿Qué pilares tan macizos! dijo Cárlos, aproximándose.

Los cimientos tienen veinticuatro varas en cuadro y catorce de profundidad.

Cárlos escribió en su album.

—¿Y cuántos pilares serán, papá? preguntó Luis.

—Setenta y dos, la distancia que media de uno á otro es de diez y ocho varas.

—¿Y de dónde viene el agua?

—De un punto que dista de la ciudad dos leguas al construir esta magnífica arquería, hubo necesidad de cortar parte de algunos cerros y de hacer otras obras de grande magnitud. Ved hácia la izquierda: parece que suben y descenden los arcos por la montaña, siguiendo las sinuosidades del camino; rozan las rocas, desaparecen á trechos y vuelven á aparecer, arrojándose al fin al valle, atrevidos y magestuosos, centinelas eternos de la ciudad. Este espléndido monumento, testigo mudo de los acontecimientos de dos siglos, ha sido herido por los cascos de las granadas y ha visto hundirse á su planta la gloria y la grandeza de un imperio.

—¿En qué año fué construido, papá?

—El 15 de Enero de 1726 se colocó solemne-

mente la primera piedra, y la obra quedó terminada el 27 de Octubre de 1738.

El costo total ascendió á ciento veinticinco mil pesos. Los queretanos deben esta importantísima mejora al celo y á la riqueza del Sr. Don Juan de Urrutia y Arana, marqués del Aguila.

—Me gusta mas el acueducto que la cañada, dijo Carlos.

—Pues á mí no; replicó su hermano.

—¿Qué entiendes tú de esto!

—Vamos niños, juicio; dijo D. Juan comprendiendo que la discusion comenzaba á acalorarse.

Hubo un momento de silencio.

Don Juan se dirigió al carruaje.

Los niños le siguieron.

Media hora despues estaban en la alameda.

—Hé aquí, dijo Don Juan, un paseo hermosísimo, entristecido por la soledad y por el desaseo; aquí la naturaleza está luchando constantemente contra el abandono de los hombres.

—En la glorieta central está la estatua de Hidalgo, exclamó Carlos.

—No es la de Hidalgo, hijo mio, es la del marqués del Aguila.

—¿Qué fea! dijo Luis.

—Ciertamente no es una obra maestra de escultura, contestó Don Juan.

—Vámonos, papá; yo quiero ver el cerro de las Campanas.

—Nada tiene de particular; pero, ya que deseas ir, te daré gusto.

El cerro de las Campanas es una colina árida y de poca elevacion, que se ha hecho memorable por haberse levantado en ella el cadalso del archiduque de Austria, Fernando Maximiliano.

—Ahí están las tres cruces, exclamó Luis.

—En ese sitio, en la cumbre de la colina, dijo Don Juan, fueron fusilados el desgraciado príncipe, y los generales imperialistas Miramon y Mejía, el 19 de Julio de 1867.

Carlos escribió.

Despues de un momento de muda contemplacion, los tres viajeros volvieron al hotel.

En la tarde Don Juan fué á arreglar un negocio y los dos niños permanecieron en su alojamiento, esperándole.

Carlos leía un libro de viajes; Luis cantaba alegremente.

Habían pasado algunas horas.

Los últimos rayos del crepúsculo penetraban

al través de los vidrios del balcón, y se reflejaban de una manera vaga y fantástica en las blancas paredes del aposento.

Cárlos cerró su libro.

Luis salió al corredor.

—Ven acá, Luis, exclamó Cárlos; mira que papá nos dijo que le aguardáramos aquí, acuérdate del hijo de María.

Luis había bajado ya las escaleras, corriendo, y no pudo oír la voz de su hermano.

Cárlos salió á buscarle.

Al llegar á la puerta del hotel los dos niños lanzaron un grito de alegría.

Mamá, mamá, exclamaron á la vez y corrieron á abrazar á su excelente madre que entraba, acompañada de Don Juan y seguida de Adelina.

Doña Luisa, pálida y conmovida, los estrechó contra su corazón y los besó apasionadamente.

Adelina se aproximó cariñosa al hermoso grupo y abrazó también á sus hermanos.

Durante un largo rato no se escucharon más que frases afectuosas y dulces reconvenções.

Doña Luisa llena de inquietud por no haber recibido carta alguna de Don Juan, había tomado la

diligencia y en dos días, había llegado á Querétaro.

—Celebro tu venida, dijo Don Juan, porque los negocios me obligan á ir á Guadalajara, y hubiera sentido mucho tener que hacer solo un viaje de mucho tiempo.

—Que viva mi papá! exclamó Luis, dando saltos de alegría.

—¿Y cuándo nos vamos? preguntó Cárlos.

—Mañana, al amanecer, saldremos todos para Celaya; contestó Don Juan.

En ese momento llegaron al cuarto donde estaban alojados.

Cárlos, empujó la puerta y lanzó un grito. El cuarto presentaba un cuadro verdaderamente desolador: el suelo estaba sembrado de papeles y de otros objetos; la cerradura del cofre estaba rota; el neceser, el vestido de viaje, la ropa de los viajeros y el dinero, habían desaparecido.

Por la imprudencia de estos niños nos han robado, dijo Don Juan.

—Se llevaron mis dulces, exclamaba Luis llorando inconsolable.

—Hé aquí el fruto de la desobediencia, dijo Don

Juan severamente; yo te recomendé que me esperases aquí y no dejaras salir á tu hermano.

—Luis tuvo la culpa, decia Cárlos.

—¿Quién dejó la puerta abierta? preguntó Luis.

—Si tú no hubieras salido.....

—Basta, niños, dijo Doña Luisa; este acontecimiento hará que seais prudentes y cuidadosos en lo sucesivo y que nunca desobedezcais á vuestros padres.

—Lo que yo mas siento es mi album, exclamó Cárlos; en él habia escrito mis apuntes y mis impresiones de viaje.

—¿Qué lástima! dijo Don Juan, sonriendo; es ciertamente una pérdida inmensa que nunca deplorarán suficientemente las generaciones venideras.

—No te burles de mí, papá.

—Vamos á cenar para recojernos porque tenemos que levantarnos al amanecer, dijo Don Juan.

—Una hora despues, todos dormian profundamente.

## CAPITULO VII.

**Precauciones.—Alarma.—El Estado de Guanajuato.—Apaseo.—El puente de la Laja.—Celaya.—El templo del Carmen y el de San Francisco.—Tres Guerras.—Encuentro inesperado.**

Antes de amanecer, nuestros viajeros se pusieron en camino.

Al atravesar las angostas calles de Querétaro, solo el ruido del carruaje interrumpia el silencio que en todas partes reinaba.

De trecho en trecho se veia la expirante luz de algun farol, derramando inciertos y vacilantes fulgores.

Los serenos dormian tranquilamente.

En menos de un cuarto de hora el carruaje llegó á la garita.